



### LA FORJA DE UN FILÓSOFO

A PROPÓSITO DE COLIN MCGINN,  
*The Making of a Philosopher: My  
Journey Through Twentieth-Century  
Philosophy*  
(New York, Perennial, 2002).

Carlos X. Ardavín

A pesar de tener en su haber trece títulos publicados, Colin McGinn no es un filósofo o pensador de primer orden (en realidad, un muy reducido número llega a serlo), sino más bien un curioso profesor de filosofía dominado por la pasión del pensamiento, de la observación y la escritura. Ésta es la valoración primordial que un lector poco versado en el oficio filosófico puede extraer tras la lectura de *The Making of a Philosopher*, una autobiografía intelectual (como su autor la define) no exenta de algunos datos interesantes. No es hasta el final de su libro cuando McGinn nos informa de la motivación principal que orientó la redacción de su obra: “Hay excelentes libros que tratan de hacer inteligible la ciencia para los legos, muchos de los cuales he leído con gran interés, pero hay muy pocos que hagan lo mismo con la filosofía. Eso es lo que yo he procurado hacer aquí al describir en qué consiste ser filósofo desde dentro. Confío en que el lector haya obtenido la impresión de lo que es la vida filosófica, al menos la vida de un filósofo, y que la filosofía le resulte ahora un objeto de estudio y pensamiento fascinante y compensador”.

Hay que aseverar desde el comienzo que las metas propuestas son parcialmente alcanzadas y que, efectivamente, en *The Making of a Philosopher* se describe en detalle la trayectoria intelectual de su autor; también puede aceptarse —con alguna reserva— que dicha narración despierta la curiosidad y el apetito intelectual del lector. El “problema” es que las men-

cionadas trayectoria y curiosidad no son lo suficientemente atractivas, poderosas u originales como para desear que la experiencia se repita. Lo que viene a significar que la búsqueda o frecuentación de las restantes obras de McGinn es un hecho poco probable de realizarse, al menos para este reseñador. Y es que a la parva magnitud filosófica de esta autobiografía añádesese su exigua calidad literaria: la prosa de McGinn, si se me permite la expresión popular castellana, no es nada del otro jueves.

Pero seamos más precisos y concretemos. ¿En qué consiste esta formación de un filósofo de que nos habla McGinn? Consiste, para ser breves, en los estudios de psicología y filosofía del autor en las universidades de Manchester y Oxford, en sus lecturas formativas y en su experiencia docente en Inglaterra y los EE.UU. Asuntos nada desdeñables, sin duda, pero faltos de singularidad, elemento sin el cual, a mi parecer, no puede haber autobiografía que valga la pena escribir y leer. En otras palabras, la formación del filósofo relatada ofrece apenas “momentos estelares”, escasas vivencias que la distinguan de la común y ordinaria educación filosófica. ¿Cuáles son, por ejemplo, las lecturas formativas de McGinn? Sigmund Freud, Bertrand Russell, Wittgenstein y Noam Chomsky. Nada fuera de lo normal, nada extraordinario para un estudiante anglosajón de filosofía a principios de la década de los setenta. ¿Qué tipo de filosofía le atrae? Sobre todo, la filosofía analítica, como era de suponer en un profesor de su generación.

Tal vez lo más hermoso de este libro sea la reconstrucción que McGinn hace de su adolescencia en un pueblo provinciano de Inglaterra, y cómo un joven de extracción modesta y obrera llegó a convertirse en el primer licenciado y doctor de la familia. El recuerdo del pueblo natal, de las primeras lecturas y de las penurias padecidas en Manchester al iniciar la universidad ofrece pasajes significativos en esta autobiografía, que no sobrepasan el nivel de simples esbozos. En esta época McGinn comprendió que la filosofía no era la indagación de conocimientos

polvorientos o de erudiciones moribundas, sino la búsqueda de la creatividad, el compromiso y la independencia de espíritu.

Destaca asimismo la decisión de McGinn de trasladarse a los EE.UU. y abandonar la universidad de Oxford, una decisión no exenta de dubitaciones y conflictos. A principios de los ochenta, según McGinn, la práctica y enseñanza de la filosofía habían entrado en una crisis profunda en Inglaterra, lo que le motivó a pensar seriamente en trasladarse a la patria de Emerson. “En América”, escribe McGinn, “se daba filosóficamente la acción. La filosofía americana era mucho mayor, por una parte, y estaba mejor fundamentada. Pero también era el centro de la innovación filosófica, con Harvard, Princeton, Berkeley, la UCLA, y en cualquier parte se producía una obra de gran influencia”.

En el último capítulo de su autobiografía, McGinn apunta un pensamiento que podría catalogarse de “original”, y que tiene como contexto su acercamiento a la literatura. Este acercamiento le llevó a impartir un seminario y a reflexionar sobre las relaciones entre literatura y filosofía (curiosamente, no se menciona a Jorge Luis Borges en este punto), e incluso a escribir una novela (*The Space Trap*). Este interés le llevó también a descubrir que la imaginación y la ficción podían muy bien emplearse como excelentes auxiliares de la filosofía moral y la ética. En este sentido, McGinn asevera que: “La parábola y la trama se usan a menudo para impartir una moraleja; no se trata sólo de memorizar una lista de imperativos morales, como los Diez Mandamientos, que promueven la obediencia más que el entendimiento. En mi opinión, había de darse un matrimonio entre la ética y la literatura, en beneficio de ambos” Estimo que esta senda o dirección apuntada es una de las más interesantes desde un punto de vista crítico-literario y filosófico.

La contracubierta de *The Making of a Philosopher* recoge la opinión de Stephen Pinker, para quien “McGinn is an ingenious philosopher who thinks like a laser and writes like a dream”. Admito,

un tanto perplejo, haber tal vez leído un libro *diferente* al elogiado por Pinker, o, probablemente, haberme equivocado en mi valoración del mismo (téngase en cuenta también que *The New York Times* lo califica de “libro notable”). Lo único que tengo claro es que discrepo del crítico y del periódico mencionados. Deben, pues, los lectores tener la última palabra.



### LA EDUCACIÓN DE ADULTOS

#### EN EL CAMINO HACIA LA

#### LARGA REVOLUCIÓN

A PROPÓSITO DE JOHN MCILROY  
Y SALLIE WESTWOOD,  
*En la frontera. Raymond Williams  
en la educación y formación  
de personas adultas*  
(Introducción y notas críticas de  
José Beltrán Llavador, L'Ullal  
Edicions, Xàtiva, 2004).

Paz Villar Hernández

Quizá hubiera sido difícil encontrar un título más adecuado para el libro que nos incumbe que el de *En la frontera*, cuyo subtítulo reza *Raymond Williams en la educación y formación de personas adultas*. Tratándose de Raymond Williams y sus reflexiones sobre la educación de adultos, campo en el que con tanto ahínco trabajó durante 15 años (1945-61), hablar de “frontera” no sólo significa evocar el lugar en el que se ubicó vitalmente: en la encrucijada entre el campo y la ciudad, entre Cambridge y la clase trabajadora, o como recuerda el introductor a la versión española de la obra, José Beltrán Llavador, “entre el conocimiento y la “estructura del sentimiento”, entre la reflexión y la acción” (p. 11); esa frontera nos invita también a pensar en el lugar que la propia educación de adultos ocupó en el camino entre la educación formal y la ausencia de formación, lo individual como paso a la acción colectiva